...ta trabajo, y, en virtud de la centralización, los obreros están obligados a ir a tal localidad que se les indique, por alejada que esté, (separación de las familias). Primitivamente, esto fué hecho para obligar a los burgueses a trabajar; pero se declara oficialmente que, ello en Moscú, hay aún 312.000 personas (naturalmente de la burguesía), no inscriptas.

Ninguna autonomía. Los sindicatos son resortes administrativos. Según Lenin, son provisorios y deberán ser reabsorvidos por el Estado, cuando este último, perfeccionado, pueda asegurar la producción.

Pero, en el seno de estos pseudo-sindicatos, las corrientes de libertad trabajan sordamente. Su más alta expresión está en la tendencia de los sindicalistas anarquistas, que sostienen que es el Estado (y no los sindicatos) que debe desaparecer, dejando a los sindicatos reorganizar la producción, y aún la consumación. Ellos combaten la subordinación de los sindicatos al partido. Los bolsheviques ven un peligro en esta tendencia, que debilita el Estado; pero su fuerza crece de día en día, al punto que Zinovieff ha juzgado necesario acometer la empresa de demolerla con argumentos falaces. La corriente gana a los mismos bolsheviques de los sindicatos, que, poco a poco, ante el empuje de las masas, se inclinan a algunas concesiones al sindicalismo. Svertchekoff, uno de los leader del Sindicato de Transportes (ferrocarriles y navegación), no ha contado que su sindicato, en el congreso de 1920, había decidido pedir la autonomía política y económica, considerándose capaz de presidir del Comisariado de Transportes y del partido comunista. En el último congreso del partido comunista, Schlianikoff mismo, emitió opiniones heterodoxas, pidiendo más iniciativa para los sindicatos. Lenin, muy molestado, lanzó el anatema al leader del sindicalismo centralista ruso, llamándole traidor e incapaz...

El gobierno ensaya, por todos los medios, comprimir la expansión libertaria de las masas sindicales. Todos los antiguos sindicatos están prohibidos; el derecho de huelga está anulado, aún cuando la huelga sea puramente económica: en Moscú, los obreros panaderos hicieron huelga para obtener aumento de ración; la autoridad respondió disolviendo la sección sindical, excluyendo a sus miembros de la elección a las funciones sindicales, y prohibiéndoles las reuniones. Igualmente, las elecciones (a las funciones sindicales) del sindicato de impresores, fueron anuladas tres veces, porque los elegidos no pertenecían al partido comunista. En Julio, el comité de este sindicato fué arrestado, aprisionado, y reemplazado por un comité de comunistas, nombrado por el Comité Central... Semejantes hechos en el sindicato de los obreros en zuecos. El sindicato de construcción es regido por mensheviques, porque no hay comunistas en esta industria. Nosotros hemos encontrado literatos en el Comité de los Sindicatos de Caminos de Hierro. Trotsky es el Presidente del Sindicato de los Transportes. Los miembros del congreso panruso metalúrgico, eran desconocidos para los mismos obreros metalúrgicos de Moscú, pero estaban inscriptos en el partido. El abogado Malnistcharsky es representante de sindicatos de Moscú. Los delegados de los congresos sindicales y a los comités de diferentes grados, son enviados por los sindicatos sin convocación de las masas.

En fin, los antiguos empleados tienen un rol importante en el movimiento sindical, y están colocados en los puestos principales; en compensación, se encuentran pocos obreros. Las elecciones a los Comités de fábrica, son tan como las de los soviets. Hemos visitado usinas cuyo comité no había sido renovado jamás.

Cuando los burócratas sindicales se reunen en congreso, todo pasa en familia. Se limitan a acordar sobre la puesta en práctica de las directivas del Comité central.

Las masas no se encuentran para nada en toda esta cocina. Así, al principio, cada sección de industria enviaba su delegado; al presente, para "facilitar" las elecciones a los comités de diverso grado, se hacen por industria en bloc; de esta manera, se designan elegidos sin contacto ninguno con el elemento obrero. Y esta burocracia, por la carta sindical obligatoria, tiene a los trabajadores en sus manos.

¿Para qué el pueblo ruso ha sabido desembarazarse de los patronos? ¿Sea por revolución, sea por revolución, no se puede esperar que consiga desembarazarse también del Estado?

La leyenda pro-bolshevique, nos presenta, sin embargo, su sindicato como un modelo.

A pesar de la podrición centralista que da a la C. G. del Trabajo (Francia), se encuentra, en el sindicalismo francés, más manifestaciones de autonomía que en los sindicatos de Tomsky; en países de rica tradición sindical, sería en vano intentar caporalizar las organizaciones obreras. ¿Sorowsky no ha escrito que el ideal del sindicalismo ruso, por porvenir, se aproximará al actual sindicalismo alemán o español? Si nosotros, los sindicalistas europeos, somos razonables, tenemos que continuar nuestro camino derecho; un día, las masas rusas se nos reunirán; no debemos atenernos a los sofismas de los dictadores que quieren hacer desviar el sindicalismo federalista.

VIÑAS.

Nota.—La supresión de la regencia de las usinas por los Comités de fábrica (en provecho de la dirección única), fué decidida por el partido comunista, en vez de serlo por los sindicatos; estos últimos se limitaron a registrar la decisión del partido comunista.

—El Comité del partido tiene el derecho de poner su veto a la ratificación de la elección de los delegados de los sindicatos. Que el comité nacional, provincial o local del partido se opone a una elección hecha, y ella es invalidada.—V.

Controversia con los comunistas

Un gran acto próximo

Entre el centro Comunista de Avellaneda (perteneciente al Partido Comunista), y la agrupación Acracia, perteneciente a los compañeros de la Anarquía, se ha concertado la realización de una controversia máxima de las dos tendencias: el Comunismo marxista y el Comunismo Anarquista.

El Comité Ejecutivo del Partido Comunista ha designado para sostener su tendencia al compañero Luis Koifman.

Fué condición que la tendencia anarquista fuera sostenida por el camarada R. González Pacheco, quien aceptó, y, habiéndose convenido la fecha y demás circunstancias, el acto debió realizarse el viernes 10 del corriente, lo que no pudo ser a causa de la detención del compañero Koifman. Habiendo recobrado éste su libertad a los pocos días, se convino nuevamente la fecha.

El acto, pues, que tendrá la importancia de una palestra de ideas, de discusión interesante en estos momentos, se realizará el próximo lunes 20 a las veinte horas, en el Teatro Roca, de Avellaneda (Pavón 56).

A fin de subvenir a los gastos que ocasione el acto se ha establecido cobrar una entrada de 20 cts.

Como el Partido Comunista exigía un acta del convenio, ésta ha sido labrada a su entera satisfacción.

Contra el equívoco

Se ha podido verificar en todas las revoluciones precedentes, lo mismo que en la actual, que la parte viva del pueblo, aquella que ha tomado sobre sí desde su comienzo la acción revolucionaria, ha sido, en su mayoría, víctima de equívocos, con los cuales no se ha tratado más que de impedir el triunfo completo de las ideas nuevas.

Tanto los defensores del régimen anterior, como aquellos revolucionarios a quienes asusta que la revolución llegue a sus últimas consecuencias, han procurado siempre engañar a la mayoría de los revolucionarios, disfrazando, tras las mismas palabras alzadas como banderas por el pueblo como expresión de su objetivo revolucionario, el propósito, cumplido en parte, de retornar a las instituciones del régimen anterior, aunque grandemente reformadas para dar esta satisfacción a las masas revolucionarias, conservando así los principios básicos del régimen cuya destrucción completa era la aspiración revolucionaria.

Sugestionados por el equívoco, los revolucionarios se han dejado atraer por las palabras, prestando su apoyo y su sanción a lo que era la negación de su aspiración revolucionaria, y que había sido encubierto bajo las palabras de las ideas nuevas.

Es así que en la Revolución Francesa las grandes palabras de Libertad, Igualdad, Fraternidad, símbolos de la causa revolucionaria, sirvieron de pabellón a los nuevos amos, que procuraban impedir el triunfo completo de las ideas nuevas, para atraer a las masas revolucionarias encubriendo la realidad bajo esas palabras. En tanto que se afirmaba el símbolo, la palabra, se negaba la expresión, se mataba la cosa. Y fué en nombre de esas simbólicas palabras que se tiranizó, que se erigieron privilegios nuevos y que se estableció una nueva división de clases. Por la palabra, por el símbolo, se olvidó, pues, la realidad.

Lo mismo ha ocurrido en Rusia. Los soviets eran los órganos específicos de la revolución, surgidos desde el primer momento. Agrupamientos libres, su ambiente natural era la libertad y en él desenvolvían su acción afianzando las conquistas de la revolución y luchando con éxito por llevar a ésta a sus últimas consecuencias. Pero, el equívoco triunfó una vez más. Los bolsheviques erigieron su poder, y, para consolidarlo, quisieron atraerse por el equívoco a la mayoría de los revolucionarios. Al efecto, reconocieron a la organización de los soviets, hicieron suya la palabra y proclamaron como una fórmula: Todo el poder a los soviets. Y sobre ellos erigieron su poder político, convirtiendo así a los soviets, de órganos específicos de la revolución que eran, en órganos de Estado.

Se tomó, ciertamente, la palabra — soviets, — pero se negó, se mató la cosa: la organización libre que representaban.

Hasta la misma fórmula: todo el poder a los soviets, fué un equívoco igual, pues lo mismo sostenían los soviets, pero no el poder político, que ellos negaban, sino el poder económico que ya de hecho estaba en ellos. Y lo que querían obtener los bolsheviques no era esto ciertamente, sino aquéllo; y lo obtuvieron.

Aquellos revolucionarios que se dejaron sugestionar por el equívoco, dejaron, pues, por la palabra, la cosa; la realidad por la apariencia.

Y estos declamadores que aquí, como en otras partes, han puesto cátedra de revolucionarismo, víctimas del equívoco también ellos, si son sinceros, se dicen, sin embargo, los únicos que saben interpretar la realidad. ¡Y olvidan la realidad arrastrados por la sugestión de las palabras, sin ver la mentira que encubren!

Hora es ya de que acaben tantos equívocos, y para ello los revolucionarios deben mirar más a la realidad que a la apariencia, más a la idea que al nombre, y a la substancia más que a la palabra. Así las palabras de libertad no servirán de pabellón a los tiranos para cubrir con ellas su opresión.

"HIJOS del PUEBLO"

(Dos escenas del último drama escrito por Pacheco y que se estrenará en breve en el Teatro Boedo)

ESCENA 9.a

Mecha y Ramón

RAMON. — (*Cariacontecido*). Oh, qué hay!... ¿Qué quiso decir?...

MECHA. — (*Alza los hombros, significando: no sé*).

RAMON. — Lo sabe todo, entonces?... ¿usted?...

MECHA. — (*Protesta con la cabeza: no*).

RAMON. — (*Resuelto*). Y total: ¡bueno! Había de saberlo un día... Sólo que... así... de pronto... (*Riendo francamente*). ¡Loco grande nuestro hermano! Nos tiró al alma. De revés y de derecha: (*Acciona*). ¡Zás! Y quedamos con nuestro secreto al aire como con un relicario abierto... Y aura ya no hay más que hablar... Venga, pues; (*Se acerca a estrecharla*). ¡Venga!... Tapemos entre los dos, cobijemos este amor que ese salvaje nos desnudó de un golpe... ¿Me sigue queriendo un poco?... ¿Un poquito mucho más que la última vez?... (*La abraza*).

MECHA. — (*Se deja hacer y afirma, con la cabeza: sí*).

RAMON. — (*Insistente*). ¿Quiere a su gaucho matrero, a su revolucionario?... ¡Conteste, pues! ¡Hable! ¡Cante para mí solo!

MECHA. — (*Cierra los ojos y los abre en una rápida y violenta determinación*). ¡No; no le quiero, Ramón!

RAMON. — Qué ha dicho Mecha?... (*Se le caen los brazos*). ¿Que no me quiero?...

MECHA. — Que no le quiero, he dicho! ¡Que no le quiero revolucionario!...

RAMON. — Pero... ¡explíquese! ¿Cómo?...

MECHA. — ¡Yo había soñado el amor como una liberación, no como una pena más!

RAMON. — ¿Pena?... ¿Por qué?...

MECHA. — La dulce esperanza de ser amada dormía en mi corazón como una flor o un canto...

RAMON. — (*Ansioso*). Y?...

MECHA. — Y usted pretende que la flor se cierre, que el canto se me deshaga en lágrimas... ¡Ah, pero, no! ¡No le quiero! ¡No le quiero revolucionario!

RAMON. — ¿Y como me querría, entonces?...

MECHA. — ¿Cómo?... Como la mayoría de los hombres: para el hogar, para la paz... (*Desesperada*). ¡Qué se yo!...

RAMON. — Milico, tal vez?... Está bueno. ¿Y es Mecha Méndez la que habla?... ¿Es la hermana de mi hermano?... La que conocí en los centros, en las reuniones, en los motines del pueblo... ¡Caray!...

MECHA. — ¡Sí, sí: esa! La misma, Ramón!

RAMON. — (*Sarcástico*). La que cantaba en los coros de las funciones los más bravos cantos nuestros... La que creció prendida al cuello de Claudio oyendo latir su corazón de héroe... Mecha Méndez...

MECHA. — (*Acosada*). ¡Sí, sí, Ramón! ¡Mecha Méndez! (*Se le aproxima como para confesársele*). Mecha Méndez, que vivió fingiendo valer 20 años—¡oigame bien!—fingiendo valer 20 años, le dice ahora a su novio que no le quiere revolucionario! (*Cierra los ojos y se estremece, llorando*). ¡Que tiene miedo!

RAMON. — ¿Miedo?... ¿Miedo de qué?...

MECHA. — (*Se sienta, vencida*). De su vida, de su destino; de sus ideas...

RAMON. — (*Se sienta también y murmura sin encono ya, ante las lágrimas de ella*). Mi destino, mis ideas... Está bueno... Yo no sé, entonces... (*Pausa, la mira, se alza y va a Mecha*). Yo sólo sé que cuando una mujer quiere de veras a un hombre, lo primero es la adhesión: seguirlo al desierto, seguirlo a la cárcel, seguirlo a la cruz... ¡Eso es amor!

MECHA. — (*Se yergue vibrante*). ¡Bien; bueno! Le seguiré. Y lo seguiré temblando, como he seguido a mamá tras de mi hermano, como he seguido a mi hermano tras de su ideal... Pero, de aquel amor... del amor que yo soñé... ¡no hablemos más! ¡Nunca más! (*Se oyen batir las manos en el zaguán; Mecha se enjuga el llanto y va a salir*).

RAMON.—(*Cortándole el paso*). No; no salga así; voy yo. (*Se asoma y habla a voces*). ¿Claudio Méndez?... ¡No, no está!... (*Escucha*). ¡Ajá!... ¡Caray! Está brava la cosa, entonces! (*Vuelve a escuchar*). ¡Ajá! ¡Mejor, pues! Sí, sí... Ya debe estar allí Claudio... Vaya, no más! ¡Ya le alcanzo, yo también!... ¡Salud, salud, compañero! (*Se vuelve, toma el sombrero y se dispone a irse*).

MECHA. — (*Siguiéndose*). ¡Ve, Ramón, vé!... Así fué toda mi vida y la vida de mamá. ¡El compañero! El compañero que pone su garra negra y sangrienta entre la madre y el hijo, entre el hermano y la hermana, entre... usted y yo... (*Suspira doliente*).

RAMON. — Y, bueno, Mecha: ¿qué quiere?... Es la vida, la lucha... Pero (*Apartándola*). Ya hablaremos luego. Voy y vuelvo...

MECHA. — No volverá. Ni usted, ni Claudio, volverán ya... Lo de siempre... El compañero, la huelga, la cárcel...

RAMON. — Después de todo, ¿qué puede importarle a usted?... De mí, al menos: si no me quiere...

MECHA. — (*Reaccionando, resuelta*). Pero, usted no irá! Tú, no irás! (*Le cierra el paso*).

RAMON.—¿Cómo?... (*Con un asombro en que apunta su vanidad satisfecha*). No, Mecha: iré. Debo ir!

MECHA. — No irás, no! (*Lo abraza*). Con 20 años de dolor te he ganado para mí. ¡Eres mi luz, mi flor y mi canto! (*Le besa loca, riendo y llorando*). Y te me van a llevar, te me van a arrebatar?... No, no; tú no irás!

RAMON. — (*Ya tonto del todo*). ¡Oh!... pero... sosiéguese... Bueno, Mecha...

MECHA. — ¡Verdad que no, que no irás?... Que eres mío, para mí?... ¡Dilo, gritalo!

RAMON. — (*Echándose a muerto*). Bueno, sí; ya estuvo ¡bah! ¡No voy!... Pero, deja, siquiera, que me disculpe, mujer... (*Por sobre el hombro de Mecha, grita al foro*). ¡Será otra vez, compañero! Aura, ya me lo vé al gaucho: ¡redotao! (*Baja los brazos haciéndose el infeliz y sigue a Mecha que lo arrastra*). Y lo que es peor: redotao y alegre... ¡Mecha! (*Intenta besarla, cuando se oye en el zaguán la voz de Claudio que invita a Gabriel a pasar; Mecha hace mutis, lateral izquierda*).

ESCENA 10.a

Ramón, Claudio y Gabriel

CLAUDIO. — (*Entrando*). Pasa, Gabriel, pasa. Aquí está Ramón, también. (*Gabriel entra*).

RAMON. — (*A Gabriel*). Oh, mi melenudo viejo! Avante!

GABRIEL. — ¿Cómo te va paisano?... (*Se dan las manos*).

CLAUDIO. — (*A Gabriel*). Acomódate por ahí; siéntate. (*A Ramón*). Llegué tarde. Han rodeado la manzana con un cordón de cosacos; es imposible pasar. (*Se sienta contrariado*).

RAMON. — Sí, ya sé; así dijo un compañero que estuvo hace un momento a buscarte.

CLAUDIO. — ¿Cómo?... ¿Vino otra vez?... (*Pronto a estallar*). Pero... que me quiere ese hombre?...

RAMON. — Oh, que vayas! No sos del gremio?... Y a más, la cosa está brava; precisan manos. Yo iba a ir...

GABRIEL. — (*Sacando un libro y estirando el brazo para hacer silencio*). Che, che: antes de todo, quiero leerles un verso de un poeta nuevo; es un poemita corto; pero van a ver qué vida, qué fuerza de evocación, qué bárbaro! (*Ramón lo mira sarcástico y Claudio estalla*).

CLAUDIO. — Yo soy del gremio; ya sé. Pero, debieran pensar que ayer llegué del presidio... Que estoy cansado, vencido, roto! (*Se para*). Y vienen aquí a buscarme; no esperan que vaya yo: vienen y vuelven e insisten! Oh! (*Dirigiéndose a la puerta que cierra a golpes*). Me obligarán a negarme, a taparme, a esconderme!

RAMON. — Y total: la culpa es de éste, (*por Gabriel*) si no pudiste llegar. ¿Dónde lo hallaste?...

GABRIEL.—(*Asombrado*). ¿Mía?...

CLAUDIO.—Iba también para allá...

RAMON. — E iba con esa melena que no pasa ni en el circo, pagando entrada... ¡Córtese el pelo, amigo!

GABRIEL. — (*Se alisa el cabello y sonríe, tolerante*). Bueno, déjate de cosas. Oigan, che...

CLAUDIO. — (*Volviendo a su silla*). Tengo los nervios entregados al demonio. Es la cárcel, estos cinco años de encierro. Perdonenme.

GABRIEL. — (*Obsecuente*). Y todavía no has dicho cómo te han tratado allá... Se ha de sufrir mucho, no?...

RAMON. — No, si es lindo; casi como un poemita de esos (*Por los del libro*).

CLAUDIO. — (*Mordiendo ira*). ¡No! En Ushuaia no se sufre. ¡No se sufre! Desde que entras al presidio, hasta que sales, cuatro fusiles te apuntan a la cabeza, a las espaldas y al pecho. De día y de noche, de pie y echado, sientes sobre tu vida la amenaza de esas cuatro muertes. Y no se sufre. Eres un reo en su capilla, en una capilla eterna, que ni te aplasta ni te mata, sino que te vacía y te agota. Y no se sufre. Como si las cuatro bocas de los cuatro máusers te sorbieran, poco a poco, la dignidad, el coraje y el recuerdo... ¿Entiendes?... No entran las balas en ti; al revés: tú vas hacia ellas. El arma patria te extrae, te masca y te tiene en su pico, frío y oscuro, como a una carroña que puede arrojar cuando quiera... Y eres tú el que teme, entonces, dispararse, partir del caño, apretar el dedo sobre el gatillo... Y entre ese abismo y tu horror, todavía está el guardián. El guardián que te grita, te zamarrea, te escupe! ¡Ah! es como si cayeras desde el cielo, con la sensación de estrellarte sobre la tierra, y en el aire, en el vacío, un segundo antes de la muerte, te sintieras maldecir, abofetear, profanar!... (*Pausa*). Y no se sufre... ¿Sabes por qué?... Porque a poco de ingresar a aquel infierno eres una bestia vil, inerme y cobarde; que tiembla, no más, que tiembla! Y ya no sufres... (*Parándose, exaltado*). ¿Dónde se sufre es aquí, en libertad, cuando te crees, te imaginas que eres hombre, y... (*A gritos*).

RAMON. — (*Cortándole la palabra con el gesto y con la voz*). Eh, hermano, caray! Si gritaras menos te oiríamos lo mismo, pues!

CLAUDIO. — (*Volviéndose a él, sombrío*). Pero, si gritara menos, no podría hacer callar mi conciencia que también grita! Me grita que vaya allá, con mis compañeros! (*Señala la calle*). ¿No entiendes?... O crees que es con ti, o con éste, o con el diablo con quien discuto?... ¡Es conmigo, es a mí a quien le estoy gritando!

RAMON. — Ah, bueno! Entonces, dale, no más. Metele. Mientras yo me apunto a un mate de yerba fiera. (*Se dispone a cebar*).

GABRIEL. — Y yo te leo el poemita éste. (*Abre su libro*).

RAMON. — (*Deja el mate y le encara*). Mirá, che: a vos te voy a contar un cuento, a ver si te convencés. —Este era un zorro al que sacaron matando, de un gallinero, una cuadrilla de perros. Lo llevaban campo afuera, errándolo tarascones, cuando al pasar bajo un

A causa de los acontecimientos de la pasada huelga general, y por no disponer de imprenta, LA ANTORCHA no ha podido aparecer con la regularidad debida.